

CHARLEY BRINDLEY

El Mar de Tranquilidad 2.0

Libro Uno



Charley Brindley

El Mar De Tranquilidad 2.0

«Tektime S.r.l.s.»

Brindley C.

El Mar De Tranquilidad 2.0 / C. Brindley — «Tektime S.r.l.s.»,

Una exasperada profesora de ciencias sociales de secundaria con la mitad de su clase de último año reprobando, recurre a una medida drástica que resulta en el Mar de la Tranquilidad 2.0. Cuatro de sus estudiantes proponen un proyecto radical para ayudar a frenar el aumento del nivel del mar y proporcionar una patria a algunos de los millones de refugiados que están a la deriva por las guerras, las economías en quiebra y la violencia de las pandillas.

Содержание

Capítulo uno	8
Capítulo dos	13
Capítulo tres	14
Capítulo cuatro	17
Capítulo cinco	23
Конец ознакомительного фрагмента.	27

Charley Brindley

El Mar de Tranquilidad 2.0

El Mar de la Tranquilidad 2.0

Libro Uno

Escrito por

Charley Brindley

charleybrindley@yahoo.com

www.charleybrindley.com

Edición a cargo de

Karen Boston

Sitio web:<https://bit.ly/2rJDq3f>

Traductor: Santiago Machain

Diseño de la portada a cargo de

Tamian Wood

www.BeyondDesigninternational.com

Publicado por
Tektime

© 2019 Charley Brindley, todos los derechos reservados

Impreso en los Estados Unidos de América

Primera edición 16 de mayo de 2019

Este libro está dedicado a Durah Roberts Walker

Otros libros de Charley Brindley

1. *The Rod of God, Book One: On the Edge of Disaster*
2. *The Rod of God, Book Two: Sea of Sorrows*
3. *Oxana's Pit*
4. *Raji Book One: Octavia Pompeii*
5. *Raji Book Two: The Academy*
6. *Raji Book Three: Dire Kawa*
7. *Raji Book Four: The House of the West Wind*
8. *Hannibal's Elephant Girl Book One: Tin Tin Ban Sunia*
9. *Hannibal's Elephant Girl: Book Two: Voyage to Iberia*
10. *Cian*
11. *The Last Mission of the Seventh Cavalry*
12. *The Last Seat on the Hindenburg*
13. *Dragonfly vs Monarch: Book One*
14. *Dragonfly vs Monarch: Book Two*
15. *The Sea of Tranquility 2.0 Book 2: Invasion*
16. *The Sea of Tranquility 2.0 Book 3: The Sand Vipers*
17. *The Sea of Tranquility 2.0 Book 4: The Republic*
18. *Do Not Resuscitate*
19. *Ariion XXIII*
20. *Henry IX*
21. *Qubit's Incubator*

Próximos lanzamientos

22. *Dragonfly vs Monarch: Book Three*
23. *The Journey to Valdacia*
24. *Still Waters Run Deep*

25. *Ms Machiavelli*

26. *Ariion XXIX*

27. *The Last Mission of the Seventh Cavalry Book 2*

28. *Hannibal's Elephant Girl, Book Three*

29. *Casper's Game*

See the end of this book for details about the other books

Capítulo uno

Adora Valencia abrió de golpe la puerta exterior de la escuela Samson Uballus Central High School y se apresuró a entrar.

El fresco interior ofreció un bienvenido alivio del húmedo clima de Los Ángeles. Miró el reloj digital de letras rojas suspendido sobre el pasillo vacío, a las ocho y cinco.

Maldición, llego tarde otra vez.

Se ajustó el bolso y los libros en sus brazos, tratando de mantener su taza de Starbucks en posición vertical.

Pero no es mi culpa.

Se giró a la izquierda, con los talones en el suelo de baldosas.

Bueno, tal vez lo sea.

Sin tiempo para dejar sus cosas en su oficina, se dirigió directamente a su salón de clases.

Había dormido muy poco la noche anterior, y nada en absoluto el sábado por la noche. Había sido una pelea de un fin de semana, la peor de todas. Había tratado de cubrir las ojeras con maquillaje, con poco éxito.

Ese es el final de esa falsa mierda de cohabitación. No me importa si vivo sola el resto de mi vida. Adiós, Jasper Slocomb.

En la puerta de su aula de Estudios Sociales, hizo una pausa, luego respiró profundamente y la abrió.

—Buenos días, clase.

Seis de los veinticuatro adolescentes continuaron enviando mensajes de texto y jugando en sus teléfonos, tres se lanzaron fajos de papel unos a otros, dos se burlaron de la reciente nariz rota de Wilson Jackson, mientras uno dormía tranquilamente en su escritorio.

Adora se quedó quieta por un momento, viendo a los estudiantes ignorarla.

Dios mío, es como dejar un campo de batalla por otro.

Caminó hasta su escritorio, dejó caer sus libros sobre él, y abrió el cajón central.

Excedrin, por favor, ven aquí.

La botellita verde fue empujada hasta el fondo. La agitó y sonrió ante el agradable sonido de la botella. Después de lavar dos píldoras con un trago de café frío, esperó con anticipación a que la aspirina silenciara al cuerpo de tambores que marchaba dentro de su cráneo.

A los veintitrés años, después de haber enseñado medio año en el Samson Uballus Central High School, Adora encontró que su trabajo estaba lejos de ser satisfactorio. Tal vez el Sr. Baumgartner, el director, le había echado encima todos los rechazos para probar su capacidad de enseñanza.

A mitad del segundo semestre, su clase de alumnos de último año se estaba volviendo más rebelde con cada semana que pasaba. Unos pocos consideraban la universidad, pero la mayoría quería salir de la secundaria y vivir una vida de fiesta.

Los estudiantes continuaron enviando mensajes de texto, chismes, y dando vueltas, ignorándola descaradamente.

—¿Hay alguien en casa?

Se ajustó la blusa y se puso su largo pelo castaño sobre el hombro.

Una lluvia de bolas de papel arrugado cayó sobre el dormido Rocco Faccini donde se sentó en la primera fila. Un fajo rebotó en su cabeza y aterrizó en el escritorio de Adora.

La ira aumentó, ella apretó la mandíbula y agarró el fajo, tirándolo a la basura. Luego tomó el cubo de basura de metal, lo levantó hasta la altura del hombro y lo dejó caer.

Faccini levantó la cabeza y miró a su alrededor, con los ojos muy abiertos, mientras todos los demás estudiantes se paraban a mirarla.

—Gracias por su atención. Adora empujó el cubo de basura de vuelta a su lugar con su pie. —
Hoy vamos a hablar de las próximas elecciones presidenciales.

Esta declaración fue recibida con gemidos y miradas furtivas.

—Oh, Dios mío. ¿Qué voy a hacer con ustedes?

—Danos cosas interesantes en las que trabajar, —respondió rápidamente Mónica Dakowski.

—Ayúdame con las matemáticas, —dijo Kendrick Jackson.

—Haz que los cocineros nos den mejor comida.

—Sí.

—¡Basta! Agarró una regla de metal y la golpeó en su escritorio. —Concéntrense, estudiantes.

¿Cuál es el objetivo de esta clase?

—¿Para aprender sobre la política aburrida? Mónica preguntó.

—¿Lee la historia que a nadie le importa?

—¿Hablar de la igualdad que nunca conseguiremos?

—¿Resolver los problemas del mundo sobre los que no tenemos control?

—¿Cómo me ayudarán estas cosas a conseguir un trabajo en la construcción cuando me gradúe?

Albert Labatuti preguntó.

—Muy bien, —dijo la señorita Valencia. —Hablemos de estas cosas. ¿A quién le gusta nuestro actual presidente?

Un coro de abucheos y carcajadas respondió a su pregunta.

—¿Cómo afecta el estudio de la historia al futuro? —preguntó.

—Todo lo que quiero saber sobre el futuro es, —dijo Albert Labatuti, —a qué hora empieza la fiesta de Faccini el viernes por la noche.

—¡Sí! ¿Y tiene una piscina?

—Tengo una piscina, y la fiesta comienza a las ocho en punto.

—Me rindo. Adora se dejó caer en su silla, se cruzó de brazos y miró a sus alumnos, que ahora discutían animadamente los detalles de la fiesta de Rocco Faccini.

Estoy harta de este grupo de payasos, y ese Excedrin no ha hecho nada por los golpes en mi cabeza.

El teléfono en el bolsillo de su falda vibró.

Cuando vio el nombre en la pantalla, su corazón se aceleró, pero luego recordó el horrible fin de semana que acababa de tener.

Sal de mi vida, Jasper.

Alguien llamó a la puerta.

Adora guardó su teléfono mientras el director Baumgartner entraba en la habitación.

Los estudiantes quitaron sus teléfonos de la vista y dejaron de hablar. Los chicos patearon los fajos de papel bajo sus escritorios y le sonrieron al Sr. Baumgartner, con las manos juntas, imitando a niños inocentes.

Adora ni siquiera reconoció a su jefe.

¿Por qué molestarse? Espero que me despida para que pueda ir a trabajar al aserradero del tío Mike.

—¿Qué está pasando? Miró de los estudiantes al profesor.

Adora se sentó, se frotó las sienes, y luego extendió las manos en un gesto de impotencia.

El Sr. Baumgartner se puso al frente de la clase, con las manos juntas a la espalda. —Jackson, ¿qué le pasó a tu nariz?

—Fútbol.

—Ah, jugando como defensor, ¿eh?

—No, señor. Estaba comiendo macarrones con queso en el comedor cuando alguien me tiró una pelota de fútbol.

Rocco recibió un golpe de puño y una risa de Mónica.

—Oh. Qué pena. El Sr. Baumgartner siguió adelante. —Johansson, ¿qué está pasando?

Michael Johansson se pasó el pelo negro sobre su oreja, tragó y miró al profesor. —Em... nosotros... uh... estábamos esperando pacientemente a que la Srta. Valencia nos diera nuestras tareas.

—Dakowski. Baumgartner se detuvo frente a otro escritorio. —¿Qué tienes que decir?

Mónica Dakowski, capitana del equipo de animadoras, inclinó la cabeza hacia un lado y puso una sonrisa simpática.

—Sabes que las caras bonitas y los caprichos no me afectan. Di algo inteligente.

—Estaba... em... estábamos tratando de conseguir... Agarró su cuaderno y lo abrió en una página rechazada. "Afganistán es mayormente un desierto, y...

—Buen Señor. Eso es de tu clase de geografía.

Pasó una página. —Un infinitivo dividido es una palabra o frase...

El director le pasó las manos por la cara. —Basta, Dakowski. Se volvió contra Adora. Señorita Valencia.

—¿Sí, señor?

—¿Sabes cuántos estudiantes asisten a la Escuela Secundaria Central Samson Uballus?

—No, señor.

—Seiscientos diecisiete. ¿Sabes cuántas clases están en marcha mientras hablamos?

Sacudió la cabeza.

—Veintitrés. Mientras caminaba por el pasillo, vi a los profesores en la pizarra, escribiendo tareas, estudiantes levantando sus manos con preguntas inteligentes, estudiantes de pie para dar informes orales... Miró a su alrededor todas las caras sonrientes. —Pero, ¿qué encuentro en tu clase?

Miró a los estudiantes. —¿Veinticuatro delincuentes juveniles con problemas sociales enviando mensajes de texto y haciendo ruidos de enfermedad?

—No. Encuentro a los estudiantes enloqueciendo mientras tú escribes.

—No estaba...

Levantó la mano en un movimiento de detención. —¿Sabe cuántos de sus estudiantes están fallando este curso?

—Sí.

—Casi la mitad.

—Lo sé, pero yo no...

—Me doy cuenta de que este es tu primer año en la escuela, y te he dado un respiro durante el primer semestre, pero ahora algunas de estas personas no se van a graduar por esta clase.

—¿¡Qué!? Susan Detroit lo soltó. —¿No va a qué?

—Sr. Baumgartner". Adora se puso de pie. —No creo que sea justo regañar a uno de tus profesores delante de sus estudiantes. Sintió que su cara se llenó de ira. —Esto debe hacerse en confianza. Alabar en frente de la clase y criticar en privado.

Los estudiantes miraron de su profesor al Sr. Baumgartner.

—¿Alabanzas? Dobló sus brazos sobre su pecho. —Te daré... Miró a los estudiantes. —Salgamos al pasillo.

La puerta se cerró detrás de ellos.

—Señorita Valencia, usted pidió elogios. Tiene una postura perfecta y una excelente elección de peinados, pero me temo que sus habilidades de enseñanza son lamentablemente escasas.

—¿Alguna vez has tratado de enseñar a un grupo de delincuentes ruidosos los rudimentos de un comportamiento social decente?

—Sí, lo he hecho. ¿Quieres saber cómo?

Ella se cruzó de brazos, mirándolo desafiadamente.

—Disciplina.

—No responden a la disciplina. Todo lo que quieren es la gratificación sin esfuerzo.

—Esa es la naturaleza humana. Tienes que darles motivación para la recompensa.

—¿Cómo puedo hacer eso?

La observó por un momento. —No estoy seguro de que pueda, señorita Valencia. No todo el mundo está hecho para ser profesor.

—Soy una maestra.

—Habrá una vacante en el departamento de educación física en otoño, y ahí es donde estarás, si tu contrato se renueva al final del año escolar.

El pecho de Adora se apretó mientras lo miraba con desprecio.

¡Eso es!—Está bien, —dijo.

No voy a aguantar más sus estupideces.

—¿Quieres acción? —dijo ella.

Abrió la puerta a empujones y el director la siguió hasta la habitación.

Los estudiantes se quedaron callados, observando atentamente a los dos adultos.

Adora agarró un libro de cuentas de su escritorio y lo abrió. Habló mientras escribía nombres en la pizarra.

—Monica Dakowski y Roc Faccini. Albert Labatuti y Betty Contradiaz. Billy Waboose y Princeton McFadden. Siguió escribiendo nombres en parejas hasta que tuvo doce nombres en la lista, y luego miró al Sr. Baumgartner por un momento. Estos son los doce estudiantes que están reprobando mi curso.

El director puso sus manos a un lado. —¿Y qué?

Escribió la letra “F” después de cada nombre.

—¿Qué es eso, las notas de su último examen?

—Estas notas, —dijo con su tiza en la última F y se dirigió a los estudiantes, —son sus notas finales para esta clase.

El aula se llenó de un grito colectivo, que se convirtió en un quejido de protesta.

El Sr. Baumgartner extendió su mano para acallar a la clase. —¿No cree, Srta. Valencia, que es un poco temprano para...?

—No, no lo hago. Si van a fallar, lo harán ahora, entonces pueden salir de mi aula e ir a pasar esta hora en la sala de estudio por el resto del semestre."

—Pero eso significa que no se graduarán en mayo.

—¿No me graduaré?, —dijo un estudiante en un fuerte susurro.

—Exactamente. Adora arrojó su tiza en la bandeja, rompiéndola en pedazos, y luego cruzó los brazos.

—No sé si puedes...

—Acabo de hacerlo.

El Sr. Baumgartner la miró fijamente.

—Puedes reemplazarme ahora, e iré a enseñar educación física, o...

—¿O qué?"

—O estos doce estudiantes que fracasan pueden intentar subir sus “F” a “C”, pasar mi curso y graduarse en mayo.

—¿Cómo esperas que hagan eso? No han hecho nada en esta clase hasta ahora.

—Proyectos de equipo. Adora agarró un fragmento de tiza y escribió junto a los seis juegos de nombres. “Alfa, Bravo, Charley, Delta, Eco, Foxtrot”.

Mónica Dakowski levantó la mano.

—¿Qué pasa, Dakowski? —preguntó el director.

—¿Qué tipo de proyectos? ¿Y por qué no puedo tener a Jackson en lugar de Wiki Leaky?

—Proyectos para... Adora miró fijamente la lista de nombres por un momento. *¿A dónde diablos voy con esto?*—Proyectos para... identificar posibles soluciones para resolver los problemas de todos los habitantes del planeta.

—¿Cómo qué? El Sr. Baumgartner preguntó.

Adora hizo un gesto hacia su clase. —En diez años, esta gente, y miles como ellos, dirigirán el país.

—Oh, Dios mío. El director se dejó caer en la silla de Adora. —Es la cosa más deprimente que he escuchado en toda mi vida.

—Una década después de salir de la escuela secundaria, se abrirá camino en McDonalds, WalMart, Pizza Hut, Home Depot, el departamento de bomberos, la oficina de licencias, y el personal docente aquí en SUCHS. Poco después de que lleguen a la gerencia media de estas organizaciones, tomarán decisiones sobre cómo operan los negocios, el gobierno y la sociedad. Y al hacerlo, determinarán la dirección futura de la raza humana.

—Basta, Srta. Valencia, —dijo el Sr. Baumgartner, —antes de que entregue mi solicitud de retiro. Se puso de pie, empujando la silla hacia atrás. —Johansson, —dijo. ¿Qué piensas de ser un gerente intermedio en Home Depot?

—Genial. ¿Puedo conducir el montacargas?

—Señorita Valencia, —dijo el director, —Voy a la clase de matemáticas del Sr. Cogan, donde tiene ocho estudiantes en el papel de honor. Tienes dos semanas para mostrarme algunos resultados. De lo contrario, no serán sólo estos doce estudiantes los que fracasen al final del año escolar.

Salió furioso, golpeando la puerta tan fuerte que hizo temblar las ventanas.

Capítulo dos

A la mañana siguiente, a medio mundo de distancia de Los Ángeles, dos jóvenes se sentaron en el borde protegido de una alta y curvada duna, viendo como el amanecer de miel ahuyentaba la noche moribunda.

Tamir señaló una oscura grieta que separaba las dunas de las llanuras que conducían al oasis de Mirasia.

Algo se adentró cautelosamente en la luz oscura.

Sikandar asintió. —Es el viejo Pitard. Esperemos a ver quién le sigue.

Estos dos hombres, que aún no tienen veinte años y son amigos desde la infancia, no son de origen árabe ni oriental, sino nómadas del Medio Oriente de antigua tradición. Incontables generaciones antes que ellos habían llevado una existencia austera en el desierto. Su pueblo mantenía un delicado equilibrio demográfico que nutría y aprovechaba las escasas plantas y animales autóctonos sin corromper el medio ambiente.

Tamir tenía los comienzos de una barba, pero aún no lo suficiente como para afeitarse.

La tez ligeramente bronceada de Sikandar contrastaba con sus ojos azul hielo, mientras que el pelo oscuro y rizado escapaba de los bordes de la bufanda que envolvía su cabeza. Las largas colas de su sombrero marrón y gris se ataron en la espalda, y luego se dejaron caer sobre su hombro. Su fuerte mandíbula no había conocido aún una barba.

Donde su amigo, Tamir, se ganaba unas cuantas miradas de admiración, Sikandar giraba la cabeza de todas las mujeres. Sin embargo, trató esta atención con un educado despido, como si aún no hubiera atraído la mirada de la que buscaba.

Como si se estuvieran reflejando, los dos jóvenes levantaron sus bufandas para cubrir sus narices y bocas contra el viento ascendente, y luego metieron los extremos en los pliegues a los lados de sus cabezas.

Vieron a seis asustadizas camellas escalar el vasto mar de arena detrás de su amo cuadrúpedo, el gallito Pitard, hacia su primer trago en cuatro días. Los camellos parecían sentir el agua en vez de olerla mientras se apresuraban a meter sus hocicos en el líquido fresco.

Su líder se detuvo, haciendo que los seis se detuvieran abruptamente, donde casi chocan con la prominente retaguardia de su señor y protector.

¿Por qué se había detenido cuando estaba tan cerca de las refrescantes aguas?

Miraron a su alrededor para ver otra hembra parada cerca, con sus tobillos delanteros cojeando.

El gran macho la miró, quizás evaluando a la encantadora criatura como una adición a su harén, sin darse cuenta de la cuerda retorcida alrededor de sus piernas.

Ella refunfuñó una advertencia cuando él se acercó.

Él no mostró ningún miedo a esta hembra regordeta. Lanzando su habitual precaución al viento, levantó su cabeza por encima de la de ella y se acercó.

El gran macho estaba a sólo un metro de ella cuando un cable trampa envió una bola con tres piedras pesadas, volando desde la arena y rodeando varias veces sus patas delanteras. Se crió, tropezando hacia atrás, pero por mucho que lo intentara, no se apartó de la estaca clavada en la tierra.

La hembra atada refunfuñó de nuevo, como diciendo, “Te lo dije”. Masticó su bolo alimenticio y se volvió para ver a los dos hombres bajar por la duna.

No tenían prisa por reclamar su premio del toro y sus seis damas; las hembras no dejaban a su amo, aunque ahora era un cautivo.

Ya era un buen día de trabajo para Sikandar y Tamir.

Capítulo tres

—¿Cuál es el problema más apremiante al que nos enfrentamos hoy en día? Adora escribió en la pizarra mientras decía las palabras.

Este fue el día después de que anunciara los nombres de los doce estudiantes que seguramente reprobarían su clase.

—No hay zoom en la cámara de mi teléfono, —respondió rápidamente Billy Waboose.

—Consigue un iPhone, imbécil, —respondió Albert Labatuti.

—Dame mil dólares y lo haré.

—¡Eh! La Srta. Valencia gritó para llamar su atención. —No estamos hablando de teléfonos. Tenemos que mirar el panorama general. Ahora, hagamos esto de manera ordenada. Levanten la mano si tienen algo significativo que decir.

Monica Dakowski y Princeton McFadden levantaron sus manos.

—Sí, Mónica.

—Necesitamos seriamente camas de bronceado en la sala de estudio.

Hubo algunos murmullos de acuerdo.

—¿Camas solares? La Srta. Valencia dijo. —¿En serio? ¿Crees que es un problema monumental que enfrenta la raza humana?

—Piensa en ello. Podría broncearme bien mientras busco en Google problemas monumentales.

—Y podría ver a Mónica broncearse y buscar en Google, —dijo Roc.

Este comentario le hizo reír un poco.

—No, —dijo el profesor. —¿Alguien más?

—¿Es un bronceado de cuerpo entero? McFadden preguntó.

Mónica le sonrió, bajó la barbilla y se encogió de hombros, su forma de decir “tal vez”.

Faccini levantó la mano.

—Sí, Roc. Por favor, dínos algo sustancial.

—¿Cuánto cuesta una cama de bronceado?

Varios estudiantes comenzaron a buscar en Google “Camas solares”.

—Oh, Dios mío. La Srta. Valencia se dejó caer en su silla.

—Tengo una pregunta importante, —dijo Albert Labatuti.

La Srta. Valencia lo miró, con una ceja levantada.

—¿Por qué no podemos tener un Wi-Fi más rápido aquí en SUCHS?

—Sí, —dijo Mónica, —¿por qué no podemos? Le guiñó un ojo a Labatuti. —Eso es realmente sustancial.

Labatuti sonrió.

—¿Tenemos Wi-Fi? Faccini preguntó.

—No para los neandertales, —respondió Mónica.

—Bueno, al menos no tengo que quitarme los zapatos para escribir.

—¡Silencio! La Srta. Valencia se paró y caminó detrás de su escritorio. —¿Qué voy a hacer con esta gente? —murmuró mientras regresaba por el otro lado.

Las cabezas de los estudiantes se volvieron al unísono para mirarla, excepto la de Faccini, que comenzaba a dormir.

Debe haber algo para poner sus traseros en marcha.

Una vez en la ventana, dio la vuelta y se acercó a la pizarra. —Muy bien, veamos quién puede buscar esto en Google en el menor tiempo posible. Ella agarró la tiza. —¿Cuál es el mayor problema que enfrenta la humanidad?

La habitación se llenó de silencio, excepto por el suave sonido de los pulgares de los teléfonos.

—¡Mierda! McFadden dijo.

—Estamos en un profundo do-do, —dijo Betty Contradiaz.

—¿Cómo se escribe “Google”? Faccini preguntó.

—Es e-l-g-o-o-g, en neandertal. Billy Waboose le guiñó el ojo a la clase.

—Gracias.

Mónica se rió.

—Oye, —dijo Waboose, —Encontré una cama de bronceado para veintitrés noventa y cinco en eBay.

—No está mal, —dijo Faccini. —Déjame ver.

—Será mejor que le añadas dos ceros, —dijo Mónica.

—Oh.

—Problemas monumentales, —dijo la Srta. Valencia, —no sueños de adolescente.

—Creí que habías dicho “los problemas más grandes”. Faccini dijo.

El teléfono de la Srta. Valencia vibró.

Ella miró su teléfono. *¿Qué se necesita para que te entre en tu gorda cabeza, Jasper?* Ella hizo clic en algo en su teléfono. *Terminamos, acabamos, finalizamos.*

—Calentamiento global, —dijo Betty Contradiaz.

La Srta. Valencia levantó la vista de su teléfono. —¿Qué pasa con eso?

—Hay más de sesenta y cinco millones de refugiados, —dijo Waboose.

—Sí, —dijo el profesor, —¿y por qué son refugiados?

—Tengo una solución para el problema de los refugiados, —dijo Faccini.

—¿Qué es eso? La Srta. Valencia preguntó.

—Envíenles equipaje para que puedan salir de allí.

Eso me hizo reír un poco.

Adora se dio una bofetada en la frente y luego se fue a la ventana. Trató de abrirla, pero estaba atascada. La golpeó con el talón de su mano, pero aún así no se movió.

Waboose se puso de pie y se dirigió a la ventana. Miró a la Srta. Valencia, levantó el pestillo y abrió la ventana con un dedo.

Adora se aclaró la garganta. —“Gracias”. Respiró hondo y tosió mientras Waboose volvía a su escritorio para recibir un aplauso. Miró hacia fuera para ver si estaban lo suficientemente altos como para suicidarse.

No con una caída de un metro sobre las begonias.

Vio a una bandada de petirrojos aterrizar en la hierba para arrasar con el mundo de los insectos.

Ah, para la vida simple. Sólo volar todo el día y comer insectos.

Ella dio un paso atrás hacia el otro lado. —Bien, ¿quién dijo “calentamiento global”?

Los estudiantes se miraron unos a otros. Algunos sacudieron sus cabezas. Otros parecían confundidos por la pregunta.

Mónica señaló a Betty Contradiaz. —Ella lo hizo.

—No, no lo hice.

—Sí, Betty, lo hiciste, —dijo el profesor. —¿Qué hay del calentamiento global?

Betty hizo clic febrilmente en su teléfono.

—No es bueno, —dijo Mónica en un fuerte susurro dirigido a Betty.

—No es bueno, —dijo Betty.

—¿Y por qué es eso? Adora miró alrededor de la habitación. —¿Alguien?

—Creo que podría ser algo bueno, —dijo Waboose.

—¿Por qué?

—No más invierno.

—Sí, —dijo Faccini. —Iré por eso.

—Bien, —dijo el profesor. —Si hace tanto calor aquí que tenemos un verano perpetuo, ¿qué pasará con la gente en el ecuador?

—Va a hacer mucho calor, —dijo Mónica.
—¿No podrán vivir allí? Waboose preguntó.
—Exactamente, —dijo el profesor.
—Mejor que esos refugiados envíen su equipaje a los ecuatorianos.
—Lindo, Sr. Faccini, —dijo Adora. —Pero ahora tenemos otros cincuenta millones de refugiados.
—¿Por qué no detenemos el calentamiento global? Betty preguntó.
—Buena pregunta, Srta. Contradiaz. ¿Alguien tiene una solución para eso?
Nadie dio una respuesta, pero unos pocos sacudieron sus cabezas.
—Aquí hay otro monumento, —dijo Mónica.
—¿Qué? —preguntó el profesor.
—El nivel del mar va a subir de siete a docecentímetros para el 2050, leyó desde su teléfono.
—Eso es más o menos para cuando te asciendan a gerente de McDonalds, —dijo Waboose.
—Uff, *si* ella puede subir en McDonalds, —dijo Faccini. —Tienen estándares, ya sabes.
—Vuelvan a su curso, gente, —dijo Adora. —Tenemos el calentamiento global, el aumento del nivel del mar, y decenas de millones de refugiados.
—Sí, —dijo Waboose, —y eso es sólo en nuestra frontera sur.
—¿Qué pasa con esos apestosos canadienses? Betty dijo. —Podrían invadirnos en cualquier momento.
—Canadá nos va a invadir, ¿eh? Faccini preguntó. —En serio, Contradiaz, ya veo por qué vas a estar en el instituto hasta que el agua de mar llegue a tus tobillos.
—Cada vez que la Srta. Valencia arrojaba su teléfono al escritorio, empezábamos a discutir un problema real, alguien tenía que empezar con los chistes. ¿Alguno de ustedes alguna vez se pone serio?
Varias manos subieron.
—Sí, Mónica.
—Me pongo bastante serio en la práctica de las animadoras.
—Y me pongo bastante serio cuando veo los entrenamientos de las animadoras.
La Srta. Valencia cogió su teléfono, cogió su bolso y se dirigió a la puerta. Se giró para mirar a su clase. Con un profundo suspiro, dijo: —Ustedes están solos. Alcanzó el pomo de la puerta. —Me voy de aquí.
La puerta se cerró de golpe detrás de ella, dejando la habitación en silencio.
Cinco minutos después, estaba sentada en un banco duro fuera de la oficina del director.

Capítulo cuatro

Adora pasó veinte minutos con el director Baumgartner. Cuando entró a su oficina, estaba lista para presentar su renuncia.

—Señorita Valencia. El Sr. Baumgartner se recostó en su silla giratoria y giró un bolígrafo en sus dedos, —si renuncias sólo porque dejaste que un montón de chicos alborotadores te corrieran, te será difícil conseguir otro trabajo de profesor.

—Ya lo sé.

—Estás entrenado para enseñar. ¿De verdad vas a dejar que todo eso se vaya por el desagüe y trabajar en un aserradero?

—Fuiste tan duro conmigo como los estudiantes.

—Me pagan para ser así. Créeme, no es fácil.

—¿Entonces por qué lo haces? Tomó un pañuelo de la caja que él empujó sobre el escritorio.

—Porque quería ver de qué estás hecho.

—Bueno, lo estás viendo.

—No. No lo estoy. Abrió un cajón y sacó un formulario. —Estás hecho de mejores cosas, y voy a sacarlo de ti.

—¿Ah, sí?

Le entregó el formulario. —Es una solicitud para un periodo sabático de dos semanas.

—¿De qué servirá eso? Tomó la forma, hojeando las preguntas.

—Le dará tiempo para reconsiderar sin ser penalizado en su registro de enseñanza.

—¿Qué pasa con mis estudiantes?

—No te preocupes. Estarán bien atendidos.

* * * * *

A la mañana siguiente, un joven alto entró en el aula. Miró a los veinticinco estudiantes que le miraban fijamente.

Monica Dakowski dejó caer su cuaderno al suelo. —“Lo siento”. Ella mantuvo los ojos en el hombre mientras se inclinaba para buscar su cuaderno.

Se quitó la chaqueta, la tiró en la silla, se alisó el pelo rizado y se arremangó las mangas cortas en su camiseta azul ajustada. Sus bíceps eran del tamaño del muslo de una animadora.

Faccini llamó la atención de Betty Contradiaz e imitó el hecho de meterle un dedo en la garganta.

Ella puso los ojos en blanco y se concentró en el hombre de los músculos.

El hombre no se dio cuenta; estaba demasiado ocupado admirando su bíceps derecho. Se inclinó como para besar el músculo abultado.

Albert Labatuti le aclaró la garganta.

El hombre miró a Labatuti y le saludó con un empujón en la barbilla.

Mónica levantó la mano.

—¿Sí? Se centró en su bíceps izquierdo.

—¿Eres...? Mónica se aclaró la garganta. —¿Eres nuestra nueva maestra? Espero que...

—¿Tu qué?

—¿Nueva maestra?

—No lo sé. Tal vez.

—¿Quién es usted? Billy Waboose preguntó.

—Wagner" Pronunció la “w” como una “v”. —¿Y tú eres?

—Billy Waboose.
—¿"Vaboose"? ¿Qué clase de nombre es ese?"
—Chino, creo.
—Mmm... suena a polaco. Wagner puso sus manos en la cintura y se retorció de lado a lado.
—¿Ya habrán hecho sus calentamientos?
—¿Nuestro qué? Albert Labatuti preguntó.
—Ejercicios de calentamiento. Wagner separó sus pies, luego se inclinó hacia adelante, manteniendo sus rodillas rígidas. Colocó las palmas de las manos en el suelo.
Betty se quedó a medio camino, levantando su cuello para tener una mejor vista.
Faccini estiró su pie para empujar el escritorio de Betty de lado.
Casi se cayó de culo.
—Está bien, —dijo Mónica, —Estoy acalorada. Se abanicó a sí misma, y luego le dio un golpe con el puño a Betty.
Wagner miró hacia arriba. —¿Qué es esta clase?
Ciencias Sociales, —dijo Labatuti.
—¿Qué significa eso?
—Em... social, como en la sociedad, —dijo Mónica. —Y la ciencia, como en...em... ciencia.
—Ah, —dijo Wagner. —Eso realmente lo aclara. ¿Qué haces aquí?
—Hablamos de los acontecimientos actuales.
—Tienes que estar bromeando.
—No, eso es lo que hacemos. Buscamos cosas en Google y las discutimos.
—Es la mierda más aburrida que he oído nunca.
—Lo sé, ¿verdad? Betty dijo.
—Muy bien, gente. Wagner fue a la puerta y la mantuvo abierta. —Olvida toda esa basura. Vamos a divertirnos un poco.
—¿Adónde vamos? Waboose preguntó.
—Al campo de fútbol.
—¿Por qué?
—Vamos a hacer algo real.
Los estudiantes se pusieron de pie y comenzaron a recoger sus cosas.
—Dejen sus teléfonos, carteras y bolsas de peluche. No necesitarán nada de esa parafernalia durante la próxima hora. Le dio una bofetada a Faccini en el hombro, empujándolo por la puerta. —Todo lo que necesitas son suspensorios y Gatorade.
—¿Qué vamos a hacer en el campo de fútbol? Mónica preguntó. —Y dejé mi suspensorio en mi casillero.
—Ole Bum dice que tengo que ponerlos en forma.
—No creo que eso sea lo que el Sr. Baumgartner quiso decir cuando...
—Muévete, niña; nos estamos asando al sol.
En el pasillo, los alineó, hombro con hombro. Cuando estuvo satisfecho con la formación, gritó:
—“¡Lado derecho!”
Uno de los chicos giró a la izquierda, chocando con Waboose.
—Tu otra izquierda, idiota, —dijo Wagner.
Las chicas se rieron.
—Silencio, —dijo mientras pasaba corriendo junto a ellas para mantener abierta la puerta exterior. —El doble de tiempo ahora, y toma la siguiente acera a la derecha. Muévete, muévete.
En el campo de fútbol, los alineó en dos filas. —Vamos a empezar con cuarenta bandas laterales.
—¿Arreglos laterales?
—Así. Empezó a hacer el ejercicio.

Mónica era la única que podía hacerlo. Los otros se desplomaron en una variedad de contorsiones tipo marioneta.

—Buen trabajo, —dijo Wagner. —¿Cómo te llamas?

—M-M-Mónica.

—Buen trabajo, M-M-Mónica.

Después de diez minutos de vueltas laterales, corrieron por la pista ovalada durante cinco vueltas. Sólo Waboose y Contradiatz dieron las cinco vueltas completas.

El Sr. Wagner hizo flexiones mientras esperaba que los rezagados se tambalearan. Los otros estudiantes se tendieron en la hierba, tratando de recuperar el aliento.

Finalmente, Roc se salió de la pista y cayó en la hierba.

Wagner se puso de pie de un salto. —Bien, gente. Aplaudió. —¿Quién quiere jugar al “quemado”?

—¡Mierda! Faccini se revolcó en la hierba. —Sólo déjame morir.

La mitad de los niños se las arreglaron para ponerse de pie, y luego extendieron sus manos para el resto.

Wagner se arrodilló junto a Faccini. —Si no puedes soportarlo, ve a buscar tu teléfono y busca en Google “afeminado”.

—Ya voy, ya voy. Faccini se arrodilló.

Los otros le aplaudieron.

Betty Contradiatz le extendió la mano.

—Gracias.

Wagner corrió hacia la cancha para jugar al “quemado”. —Caigan detrás de mí, gente.

* * * * *

A la mañana siguiente, a las 8:05, estaban de vuelta en el campo de fútbol, saltando, corriendo y sudando.

—¿Todo este... ejercicio va a subir... nuestras notas finales? Princeton McFadden preguntó.

—No, —dijo Wagner, —ustedes ya han fracasado. Todo lo que tengo que hacer es mantenerlos ocupados por el resto del semestre.

* * * * *

Monica Dakowski se acostó en un sofá azul junto a la piscina, sorbiendo una Coca-Cola Light mientras media docena de adolescentes jugaban a Marco Polo en la piscina.

Tres chicos de segundo año se sentaron en una mesa redonda cercana, bebiendo cerveza y bebiendo vino. Se rieron y se rieron de cada comentario juvenil que cualquiera de ellos hizo, compitiendo desesperadamente por la atención de Mónica con crudas y lascivas bromas.

Ella los ignoró en su mayor parte, y luego los miró fijamente cuando se volvieron demasiado molestos.

—Hola, Mónica. Albert Labatuti se sentó en una silla de plástico a su lado.

Ella le echó una mirada de reojo, y luego miró hacia la piscina.

—Gran fiesta, ¿eh?

—Sí, simplemente genial.

—Bonito bikini.

Ella lo miró fijamente. —¿Quieres algo, Labatuti?

—Me preguntaba si... em... podría... ¿quieres ir a ver una película con... ah... conmigo, mañana por la noche?

Sus tres admiradores se quedaron callados.

—¿Cómo puedes pensar en películas y fiestas cuando nos enfrentamos a la perspectiva de repetir el último año del secundario?

—No lo sé. Es como la canción, “Guys Just Wanta HaveFun”.

Es “Girls Just Wanta Have Fun”, —idiota. Pero no será divertido para ninguno de los dos tener 18 años y aún estar en el instituto. ¿Te das cuenta que estaremos en clases con estos tres cretinos? Sonrió a los chicos, y luego frunció el ceño a Albert.

Los tres se miraron entre sí. Uno de ellos sonrió.

—Lo sé, pero ¿qué podemos hacer al respecto?

—La Srta. Valencia tenía razón en que no tratamos de lograr nada, —dijo Mónica.

—Supongo que sí.

—Ahora ha dejado de enseñar, y somos idiotas.

—Bien, bueno, nos vemos. Albert se puso de pie.

—Qué desperdicio de agua.

Se sentó de nuevo. —¿Qué es?

—Esta piscina llena de agua y bolas de tonto que se mueven arriba y abajo, actuando como niños.

—Sí. Me tengo que ir.

—¿Cuánta agua crees que hay en esa piscina?

—No lo sé. Cuatro mil litros, tal vez.

—La gente en África tiene que caminar ocho kilómetros sólo para conseguir un cubo de agua sucia, —dijo Mónica.

—¿Cómo sabes eso?

—Facebook. Los refugiados de Siria tienen que pedir una botella de agua.

—Pueden tener el mío. Albert sacudió su Evian casi vacía.

—Y aquí estamos sentados, viendo a la gente revolcándose en miles de metros cúbicos de agua.

No podría importarles menos la gente que no puede ni siquiera darse una maldita ducha.

Uno de sus seguidores se rió. Los otros dos siguieron su ejemplo.

—Estás de muy mal humor. Creo que iré a buscar a Betty Contradiaz.

—Sí, hazlo.

Albert encontró a Betty en el salón, sentada en el sofá y viendo a dos tipos jugando al Fortnite.

—Hola, Betty, —dijo mientras se sentaba a su lado.

—Hola, Albert. ¿Qué tal?

—¿Quieres ir al cine conmigo mañana por la noche?

—¿Cómo puedes pensar en salir cuando probablemente no nos graduemos en mayo?

—Oh, Dios. Tú también no. Acabo de escuchar a Mónica hablar una y otra vez sobre repetir el último año, y cómo la gente en África tiene que caminar ocho kilómetros por el agua, y los refugiados no se duchan, y cómo decepcionamos a la Srta. Valencia.

—La decepcionamos, y ahora no nos vamos a graduar.

—Pero no podemos hacer nada al respecto, —dijo Albert. —Así que deberíamos divertirnos un poco.

—Nos dio una forma de subir nuestras notas, y lo arruinamos.

—Lo sé, y me odio por ello. Si salimos mañana por la noche, al menos podemos olvidarnos de ello por un tiempo.

—Estamos aquí, en una gran fiesta, y no puedo superar cómo la hemos fastidiado.

—Me tengo que ir. ¿Has visto a Roc?

—¿Tienen que caminar ocho kilómetros para obtener agua?

—Sí, y los refugiados tienen que mendigar una botella de agua. Voy a la cocina a pedir agua.

¿Quieres algo?

—¿Por qué los refugiados no tienen un pozo o algo así?

—Están en medio del desierto. No hay agua ahí fuera. Albert se puso de pie. —Oye, ahí está Faccini.

Roc estaba en camino hacia la puerta principal.

—¿Qué pasa, Faccini? Albert preguntó.

—Nada, —dijo Roc. —Me voy.

—¿Te vas? Aún no son ni las diez, y esta es tu fiesta.

—Me aburro.

—¿Te aburres? Hay chicas, videojuegos, bikinis...

—No me importa, —dijo Roc. —Mañana, estoy buscando un trabajo.

—¿Estás bromeando? ¿Qué clase de trabajo vas a conseguir sin un diploma de secundaria?

—¿Qué sentido tiene pasar los próximos cuatro meses en la escuela si no nos vamos a graduar?

—Oh, Dios mío, ¿tú también? Todo el mundo está desanimado por no graduarse.

—Desearía que la señorita Valencia volviera. Me pondría a trabajar en un proyecto para ella.

—Sí, bueno, ella se fue, por nuestra culpa.

Alguien puso la música a tope. Un tipo gritó: —“¡FIESTA!” y empezó a empujar los muebles de la sala de estar.

Betty llegó a la puerta principal. —¿Se van chicos?

—Sólo quiero ir a buscar a la Srta. Valencia, —dijo Roc, —y rogarle que vuelva.

—Tendrías que darle una buena razón para volver a un trabajo que odia.

—Si pudiéramos hacer que volviera a enseñar, —dijo Albert, —¿tendríamos tiempo para hacer nuestros proyectos y subir nuestras notas?

—Tenemos tiempo, —dijo Betty, —¿pero qué proyectos?

—No sé, entregar agua a esa pobre gente en el desierto.

—¿Qué gente? Roc preguntó.

—Africanos, refugiados sirios, y probablemente muchos más.

—Oye, —dijo Betty, —¿ese podría ser nuestro proyecto!

—¿Qué proyecto? Roc preguntó.

—Llevar agua a esa gente en el desierto, —dijo Betty. —Y ayudando al medio ambiente. ¿Dónde está Mónica?

* * * * *

A las 5 p.m. del lunes, en el lote trasero de Whacker's Lumber Yard, Adora sacó dos por cuatro de una pila y los apiló en las pinzas de un montacargas. Se quitó un guante y levantó sus gafas de seguridad para limpiarse el sudor de los ojos. Con sus gafas en su lugar, miró su orden de trabajo.

Setenta y dos más de estos astillados hijos de puta.

Trabajó sin parar durante 20 minutos, comprobó dos veces el número de tablas y se subió al asiento del montacargas.

Justo cuando encendió la máquina, alguien la llamó por su nombre. Miró por encima del hombro y vio a cuatro adolescentes corriendo hacia ella. No apagó el motor ni se molestó en bajar; sabía quiénes eran.

—¿Señorita Valencia, la hemos encontrado!

—No sabía que estaba perdido.

—Te perdimos.

Casi sonrió. —Entonces, los Tres Chiflados, más la mitad de Abbot y Costello. Ella miró a cada uno. —¿Qué estás haciendo aquí? ¿Comprando tejas?

—Queremos que vuelvas, —suplicó Mónica.

—Estoy en un año sabático. Puso el montacargas en marcha.

—¿No puedes tomarte un año sabático? Roc preguntó.

- ¿Por qué?
- Sr. Wagner, —dijo Roc. —Por eso.
- ¿Quién es Wagner?
- Un profesor sustituto que ni siquiera sabe deletrear ciencias sociales, —dijo Betty.
- ¿De dónde ha salido? Adora preguntó.
- Baumgartner lo envió para que se haga cargo de tu clase.
- Bueno, ¿sabes qué? Empujó una palanca para levantar su carga de dos por cuatro del suelo.
- Realmente me importa un bledo.
- Sí, lo sabes, —dijo Mónica. —Trataste de hacernos conscientes e involucrarnos en los grandes problemas que enfrenta la humanidad."
- Sí, lo hice. Pero fallé. Miró a los niños. —Y ahora tengo que volver al trabajo. No voy a fallar en este trabajo también.
- Pero te necesitamos, y...
- ¿Qué?
- Estamos cansados, —dijo Albert. —Agotados, en realidad.
- ¿Por qué?
- Wagner nos hace hacer calistenia y correr y esquivar la pelota.
- Ya no buscamos en Google problemas monumentales, —dijo Betty. —No discutimos soluciones para el calentamiento global, qué hacer con los refugiados y cosas así.
- Sólo corremos y saltamos arriba y abajo, —dijo Waboose.
- No sé lo que puedo...
- Descubrimos algo, —dijo Mónica.
- ¿Qué quieres decir con algo?
- No resolverá todos los problemas del mundo, —dijo Roc, —pero puede que les dé un gran mordisco.
- Adora apagó el motor. —¿Qué es?
- Necesitamos tu ayuda con esto, —dijo Mónica, —pero tienes que dejar que todos trabajemos juntos. El proyecto es demasiado grande para un equipo de dos personas.
- ¿Volverás? Betty preguntó. —¿Y ayudarnos?
- ¿Qué tan grande es esta cosa?
- Más de cuarenta millones de hectáreas, —dijo Mónica.
- Vaya, ese es el tamaño de...
- Alemania, más Panamá.

Capítulo cinco

Hans Wagner tenía a los estudiantes alineados y listos para salir del aula hacia el campo de fútbol cuando el Sr. Baumgartner entró, seguido de una sonriente Adora Valencia.

—Buenos días, señor, —dijo Wagner, devolviendo la sonrisa de Adora. —Veo que tenemos un nuevo estudiante para agregar a nuestro equipo.

—No del todo, Wagner, —dijo el Sr. Baumgartner. —¿Qué sabe usted de química orgánica?

—Sólo lo que aprendí en el jardín de infantes.

—Maravilloso. Preséntese en la habitación tres-cuarenta y dos. La Sra. Sequallis cree que está a punto de dar a luz.

—¡Sí! Betty golpeó el aire con su puño.

Wagner miró a Betty. —Sí, señor. Y con un escáner final de cuerpo entero de Adora, salió por la puerta.

—Ahora, entonces, —dijo el director, —Monica Dakowski, ¿qué es eso de que tú y tu pandilla se apoderan de Alemania y Panamá?

—Uh...

Adora inclinó su cabeza hacia la pizarra.

Mónica agarró a Roc Faccini por el brazo. —Vamos, —susurró. —Estás tan metida en esto como yo. En la pizarra, Mónica dijo: —Hay más de 65 millones de refugiados en el mundo".

Roc escribió los números en la pizarra.

—Estas son personas que, por razones de guerra, dificultades económicas, o en el caso de Centroamérica, violencia de pandillas, han dejado su tierra natal, buscando un mejor lugar para vivir.

Roc trató de seguir el ritmo, garabateando furiosamente.

—Se predice que el nivel del mar aumentará de siete a doce centímetros para el 2050, —dijo Mónica.

Cuando Roc terminó, miró a Mónica, con su tiza en equilibrio.

—Em... creo que...

—Ha declarado dos problemas serios, —dijo Adora. —Ahora, soluciones.

—Sí... ah... no podemos... actuar solos, nadie puede... Mónica vomitó sus manos. —No puedo hacer esto, Srta. Valencia. Sé lo que quiero decir, pero no sé cómo decirlo.

Adora le dio una palmadita en el hombro a la chica. —Está bien. Trabajaremos en tu presentación más tarde.

—No veo ningún avance de grado aquí, —dijo el Sr. Baumgartner. —Todo lo que veo es una reafirmación de dos problemas que son de conocimiento común para todos en el planeta. Aquí no hay nada sobre Alemania y Panamá. ¿Qué tienen que ver con esto?

—Sr. Baumgartner, —dijo Adora, —trabajaremos en una mejor presentación, pero lo que Mónica sabe, hizo un gesto para incluir a los otros estudiantes, —y al resto de los estudiantes también, es que pueden haber descubierto una manera de proporcionar alguna ayuda para estos dos problemas que enfrenta la humanidad.

—Bueno, si no pueden explicarlo, ¿cómo se va a lograr algo?

—Mientras trabajaban en los proyectos que les asigné, se encontraron con una gran depresión en el desierto en el país de Anddor Shallau.

—¿Y?

—Es del tamaño de Alemania y Panamá juntos, y está a ciento cuarenta metros bajo el nivel del mar. Un cálculo aproximado muestra que, si se pudiera llenar de agua de mar, podría contener tanta agua como el lago Erie.

—¿En serio? El Sr. Baumgartner se rascó la mejilla. —¿A qué distancia está este lugar del mar? Adora miró a Mónica.

—Ciento noventa y tres kilómetros, —respondió Mónica.

—¿Cruzar montañas?

—Una meseta.

—¿Qué tan alto? —preguntó.

—Em...

—El paso más bajo está a poco más de 488 metros el nivel del mar, —dijo Roc.

—Es imposible, —dijo el director. —Se necesitaría una enorme cantidad de energía para bombear un lago Erie sobre una montaña de cuatrocientos ochenta y ocho metros, sin mencionar el costo astronómico de la construcción del oleoducto y las estaciones de bombeo.

—Puede que hayamos encontrado una forma de hacerlo, —dijo Mónica.

—Te digo que no es posible. Es un sueño imposible. El Sr. Baumgartner se rió de su juego de palabras. —Ningún gobierno financiará tal proyecto. Costaría miles de millones. Y sin alguna ganancia financiera potencial, ninguna institución financiera invertiría esa cantidad de dinero". Se giró hacia la puerta. —Ustedes todavía tienen una "F". Encuentren algo más en lo que trabajar. La puerta se cerró de golpe detrás de él.

Mónica suspiró. —Ni siquiera tuvimos la oportunidad de decirle los beneficios, nuestras ideas para financiar el proyecto, y cómo vamos a mover el agua. Se torció las manos. —Lo siento, señorita Valencia. Soy un idiota.

—Está bien. Tenemos que preparar una presentación adecuada. Adora miró alrededor de la habitación. —¿Quién sabe de PowerPoint?

Varias manos subieron.

—Muy bien, —dijo Adora. —Reunamos toda la información: números, fotos, estimaciones de costos, todo. Betty, he visto algunas de tus obras de arte. ¿Puedes hacer algunos bosquejos de cómo se verá este lugar cuando esté terminado?

—Sí, señora.

—Necesitamos un nombre para este nuevo cuerpo de agua. ¿Alguien ha pensado en un nombre?

Roc levantó la mano.

—¿Sí, Roc?

—Vamos a llamarlo El Mar de la Tranquilidad 2.0.

* * * * *

Motivados por la perspectiva de no fallar en su segundo año, los doce estudiantes trabajaron juntos en la casa de Mónica, por la noche y los fines de semana para preparar su presentación en PowerPoint.

Cuando finalmente estuvieron listos, la Srta. Valencia invitó al director al salón de clases.

Cuando el Sr. Baumgartner entró en la sala, las primeras notas del "Bolero" de Ravel se desviaron de los oradores que Roc y Albert habían preparado. Los oradores se colocaron a cada lado de la pantalla de proyección. Mónica miró a la Srta. Valencia, y luego tocó su iPad para proyectar la primera imagen en la pantalla – un vasto mar azul caribeño con una cordillera nevada que corre diagonalmente a través del horizonte.

Betty había dibujado varios bocetos, luego usó Photoshop para añadir colores vibrantes a las imágenes. Había usado 3DS Max para animar su trabajo artístico.

A medida que las notas de la flauta melódica aumentaban de volumen, el punto de vista de la imagen se elevaba como se podría ver desde un helicóptero.

El mar azul se expandió y lentamente llenó la pantalla. A medida que la vista de pájaro continuaba aumentando, las islas se hicieron visibles.

Mónica habló al micrófono; su voz se superponía a la música. —Con más de veintitrés mil hectáreas de superficie, El Mar de la Tranquilidad 2.0 tendrá ciento noventa y cuatro islas, una por cada nación de la tierra.

El punto de vista continuó ascendiendo a medida que más y más islas se hacían visibles.

—El agua para llenar el nuevo mar vendrá de un océano a 257km al norte. El agua fluirá a través de tres tuberías de 2.7m de diámetro, usando un proceso de sifón para...

—Espera, Dakowski, el Sr. Baumgartner la interrumpió.

Mónica puso en pausa el PowerPoint, y Roc apagó la música.

—¿Dijiste “sifón”?

—Sí, señor.

—¿Como esa manguerita de goma que un delincuente usó para robar gasolina de mi Lincoln?

—Así, sí, pero ligeramente más grande.

—Eso ni siquiera es posible.

—Lo es, señor. Encontramos algo...

—Aguanta ese pensamiento, Dakowski. El Sr. Baumgartner sacó su teléfono y marcó un número. Alguien respondió. —Keller, ¿estás en medio de algo importante? Él escuchó. —Bueno, díles que lean sus libros de texto durante unos minutos. Quiero que vengan a la habitación tres-ocho. Guardó su teléfono y se dirigió a la Srta. Valencia. —El profesor de ciencias viene. Quiero preguntarle sobre este sifón de 257km de largo y cómo...

Keller entró sin aliento por la puerta. —¿Quería verme, señor?

—¿Corriste hasta aquí?

—No, señor. Sólo corrí un poco.

—Está bien. Dime esto. ¿Es posible tener un sifón de casi 3m de ancho y 257km de largo?

El Sr. Keller parecía como si le hubieran hecho un examen sorpresa. —Uh... sifón? ¿Como cuando succionas la gasolina de un coche?

—Sí, exactamente así.

—No veo cómo un sifón podría funcionar por más de unos pocos metros. Y con un tubo de casi tres metros de diámetro, nunca podrías aplicar suficiente succión para que el sifón se ponga en marcha.

—Eso es justo lo que pensaba. El director miró a Mónica. —¿Y bien?

Monica tocó la pantalla de su iPad y deslizó una imagen en la pantalla de proyección. —Esto es en Arkansas, cerca de un lugar llamado “Marked Tree”.

Era una foto de tres enormes tuberías chupando agua de un río.

—Estos tres sifones de 2.7 metros han estado en funcionamiento por más de setenta años, con sólo unas pocas interrupciones por mantenimiento. El volumen de agua que pasa por las tres tuberías es de 548 metros cúbicos por segundo. Miró al director. —Es suficiente agua para llenar una piscina olímpica en 48 segundos o 75 piscinas en una hora.

—Vaya, —dijo el Sr. Keller.

La Srta. Valencia le dio el visto bueno a Mónica.

El Sr. Baumgartner intervino su teléfono. —Peterson, ven a la habitación 318 de inmediato. Guardó su teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta. —El profesor de física sabrá si esta fantasía funcionará.

A diferencia del Sr. Keller, el Sr. Peterson llamó a la puerta y entró en la habitación, con un aire de confianza.

—Echa un vistazo a esa foto, Peterson, —dijo el Sr. Baumgartner.

—Veo tres grandes tuberías que van al agua.

—Se supone que están sacando agua de ese río sin bombas.

—Mmm... son sifones, apostaría.

Mónica sonrió.

—Esas tuberías tienen casi tres metros de diámetro, —dijo el Sr. Baumgartner. —¿Cómo es posible?

—Mi suposición es que cierran el extremo inferior de las tuberías con válvulas, las llenan de agua y luego abren las válvulas. Mientras la salida esté más baja que el principio y el sello de vacío permanezca intacto, el agua fluirá sin bombas.

—¿Por cuánto tiempo?

—Indefinidamente, a menos que el nivel del agua en la fuente caiga por debajo del labio superior de la toma.

—¿Hasta dónde puede transferir agua?

—Aquí hay otro sifón. Monica cargó una nueva foto. —Este es un sifón en el río Malheur en Oregon. La tubería de acero de 2 metros recorre 7 kilómetros. Ha estado en funcionamiento desde 1940.

—Creo que los romanos construyeron sifones para sus acueductos, —dijo el Sr. Peterson.

—Aquí hay una foto de las ruinas del sifón de Beaunant del acueducto de Gier, cerca de Lyon, Francia, —dijo Mónica, —construido por los romanos alrededor del año 86 d.C. Corría por dos kilómetros y medio.

—Muy bien, Dakowski, tienes tu sifón. Continúa con la presentación.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.